

EL PAJAR Y LA GARBERA

DIEGO RIQUELME

En uno de los dos números anteriores de CANGILON, escribí yo sobre la desaparición de la *era*, ese círculo de terreno duro de unos doce a quince metros de diámetro, que hasta no hace muchos años servía para la faena de la trilla, esa operación preparatoria que machaca la caña del cereal y separa el grano de la paja, mediante la pasada frecuente de tracción animal tirando de un trillo sobre la extensión de la mies. El trillo como se sabe, es últimamente un aparato de varios rodillos que llevan incrustados unos elementos cortantes, especialmente de hierro. Lo ilógico es que casi al mismo tiempo, se ha visto usar al labrador el trillo de pedernal, mucho más antiguo que el anterior, que no lleva rodillos, y sí embutidos o encajados sobre un tablero de madera, infinidad de piedras con cuerpos cortantes y afiladas de unos seis a diez centímetros de lon-

gitud, aproximadamente, y que en algunas zonas de campo se usaba cuando la parva no era muy grande. Hoy, ya no se usa en ninguna parte y lugar cualquiera de estas dos clases de trillos desplazados por las modernas máquinas segadoras, que trillan y empaican la paja.

Evocamos el pajar rememorando su figura, como también la garbera en los aldeaños de la *era*. Una estampa bellísima de lo bucólico en la *era* con los pares de labranza, el trillo, el tambanillo para descanso y alimento de los animales de trabajo, el aljibe para sacar el agua fresca de la lluvia, las garberas de la mies que es el conjunto de infinidad indeterminada de haces amontonados haciendo figuras geométricas, unas veces son conos o hexágonos rectangulares y alargados o en forma de barraca. Y el pajar, más o menos estas mismas figuras, pero que es el lugar donde se guarda la paja si nos referimos a la *era*. La paja también se guardaba en lugares cu-



biertos en las casas de labor, cerca del "averío" vocablo éste que se empleaba de mucho uso en las gentes de la huerta y del campo para referirse al ganado mular, asnal o caballar en gran parte de la región murciana. La estampa del pajar y la garbera, la hemos visto miles de veces en la vida real de otros tiempos en el agro; y las mismas veces en las artes plásticas de nuestros pintores cuando moldean y dan vida con sus pinceles a la belleza de figuras en movimiento en las caliginosas faenas campesinas. La era es solo una pequeña porción de terreno dedicada a la trilla en la larga espera de cada año, que a veces esa espera se estiraba a dos o tres años o más, según la esperanza meteorológica de abundantes lluvias en el ordenado proceso de la siembra, de la siega y de la trilla, evolución que da lugar a las esbeltas figuras geométricas del pajar y la garbera. Los pajares en la era se fabrican con estructuras muy sencillas. El continente es un tejido de la misma caña del cereal sin espiga, formando una esterilla con un hilo fino de esparto picado entrelazando la cuerda delgada a la caña, formando así la corteza del pajar para el contenido de la paja.

Esta estampa de la era, el pajar y el tambanillo, fue llevada al Museo de la Huerta en su tiempo inaugural como representación escénica del campo incluida por nosotros entre los trabajos propios de la huerta, ya que en realidad las antiguas casas de labradores fuertes especialmente de clase media, alternaban y distribuían su tiempo y su trabajo entre el campo y la huerta. No debería haber ningún inconveniente en mostrar en el Museo, la era con el pajar, el tambanillo y el aljibe, ya que en las salas del Centro, estaba el trillo, el arado, la vertedera, la media fanega o el celemin que son elementos más de campo que de huerta. Y el huertano en su vida real también cultivaba el campo como hoy como antes dedicándose también a los almendros, a los olivos o los algarrobos y a los trabajos de siembra y recogida de cereales.

Entonces al suprimir en el Museo, la estampa de la era con sus elementos complementarios, se ha eliminado una bellísima figura de algo que se debería mostrar por haber sido afortuna-

damente desaparecida y pertenecer a un tema etnológico que en el futuro no podrán contemplar venideras generaciones.

En nuestro Museo, la sala de la conserva vegetal y la estampa de la era con sus complementos, deben figurar por sus sobradas razones que apuntamos en el segundo libro del tema del Museo.

Y para finalizar, lo importante en este trabajo, es glosar las razones del pajar y la garbera, que junto a la era y otros elementos adosados a ella es el símbolo de una cosecha producida, cuando el labrador —cultivador huertano y campesino miraba al cielo no con el temor de las inundaciones, sino con la esperanza de la lluvia.

Así vivían nuestros antepasados, entre la zozobra de la sequía para sus cultivos del campo, o el exceso de lluvias en el peligro de las riadas para sus cultivos y el riesgo de sus vidas en la huerta.